

JOSÉ ANTONIO CRESPO, *Urnas de Pandora*, México, Espasa Hoy, 1995. 312 pp.

¿Qué papel desempeñó el gobierno de Carlos Salinas de Gortari en la vida electoral y partidaria en México? ¿Cómo se modificó el ambiente político del país a partir de 1988? ¿Cuáles fueron los intereses a los que la oposición respondió durante ese sexenio? ¿Qué requiere México para labrar un futuro político democrático? Con el libro *Urnas de Pandora*, José Antonio Crespo intenta dar respuesta a estas preguntas.

De acuerdo con el autor, en los primeros tres años de la gestión del expresidente Carlos Salinas (1988-1994), el PRI consiguió recuperar, en parte gracias a la labor que desempeñó Luis Donald Colosio como líder del partido, un buen porcentaje de votos que se habían perdido en comicios anteriores. Crespo apunta que, sin embargo, el llamado de la democracia, que exigía una auténtica reforma electoral como garantía de comicios competitivos y de una alterancia probable del poder, no fue atendido con profundidad por el exmandatario, quien en consecuencia debió afrontar toda una serie de movilizaciones de protesta organizadas por partidos de oposición, además del levantamiento armado en Chiapas.

Crespo recuerda también que, dentro del sistema de partidos, Acción Nacional se convirtió en la segunda gran fuerza electoral y en el "fulcro de la balanza" entre el PRI y el PRD, partido este último que, a su vez, a lo largo del sexenio reclamó con insistencia el reconocimiento de triunfos en varios estados.

En la nueva dinámica partidista de lucha por el poder, explica Crespo, la oposición recurrió a veces a polémicos acuerdos, en el caso del PAN, y al endurecimiento de posturas contra el fraude, tratándose del PRD.

Y para responder a la pregunta en torno de ¿qué requiere México para labrar un futuro político democrático?, el autor advierte que el país necesita una legislación que garantice la probabilidad de la alternancia pacífica del poder y el absoluto respeto a la voluntad que se expresa por medio de los sufragios.

En *Urnas de Pandora*, Crespo analiza e interpreta la historia electoral mexicana de la segunda mitad del siglo, tomando como punto de partida el nuevo modo de lucha por el poder que se inició con la fundación del PRI y el surgimiento de los partidos de oposición independientes. Esa dinámica se ofrece como referencia para entender las circunstancias que durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari rodearon la legislación del ramo, la realización de comicios federales y estatales, así como las actuaciones de las principales fuerzas políticas.

Como introducción, Crespo plantea la existencia en México de un ambiente electoral enrarecido que, como él mismo define, constituye el "estigma" de los procesos de votación: ni democracia, ni legalidad, ni equidad pueden encontrarse en proporciones satisfactorias cuando se efectúan comicios, a pesar de que éstos son formalmente competitivos.

El autor incluye el sistema de gobierno mexicano en la lista de regímenes hegemónicos, pues afirma que, aunque no se registra una competencia equitativa entre partidos, sí se reconoce la presencia de una oposición política importante. Ese reconocimiento a las fuerzas opositoras, afirma Crespo, concede al régimen no sólo una imagen de democracia multipartidista, sino que también le permite canalizar por esa vía la inconformidad de la gente y evitar la amenaza de movilizaciones que atenten contra su estabilidad.

En el primero de los ocho capítulos en los que estructura su análisis, José Antonio Crespo señala que el origen del actual sistema de gobierno hegemónico en México fue la necesidad de legitimación del poder de la nueva élite política surgida con la Revolución, que requería una vida democrática según el "formato occidental" para garantizar su aceptación en el país y el reconocimiento internacional, principalmente de Estados Unidos.

El autor indica que es precisamente esa competitividad aparente del sistema la que ha contribuido al mantenimiento del régimen, ya que la intervención de diversos partidos en los procesos electorales confiere a la autoridad el carácter de legítimo.

Crespo recuerda que el PRI obtiene de su estrecha vinculación con el Estado una importante "fuente de poder electoral", que apoya con fondos públicos las campañas proselitistas de los candidatos oficiales, le asegura el control de la organización y la calificación de las elecciones y le permite imponer con violencia a algunos aspirantes.

Sin embargo, el autor también reconoce otra fuente, por costumbre menospreciada, de las victorias del partido oficial: los votos convencidos y conscientes. Estos sufragios, apunta Crespo, son motivados entre otras cosas por el buen desempeño de las autoridades de extracción priista y por la diversidad del electorado que se aglutina en torno de la ideología del PRI.

Pero, además, Crespo apoya la idea de que la transición pacífica del actual régimen hegemónico hacia una auténtica democracia, producto de una verdadera reforma electoral, no obliga al abandono del poder por el PRI, ya que hay "condiciones suficientes para hacer viable el triunfo legítimo" de ese partido.

En capítulos subsiguientes, José Antonio Crespo expone la dinámica partidista que se desarrolló durante el gobierno de Salinas de Gortari y en la que la oposición, según afirma, experimentó un trato diferenciado por parte del régimen. De acuerdo con la interpretación que propone Crespo, el acercamiento del PAN con el partido oficial se produjo debido a que esa fuerza opositora comprendió que sólo una posición moderada podía hacerle conquistar espacios de poder y desde ahí presionar su continuo ascenso. Además, Crespo atribuye el inicial apoyo panista a la gestión de Salinas a las coincidencias que en materia económica registraban los programas de ambas partes.

Con el trato diferenciado llegó la polarización, al preferir Acción Nacional distanciarse cada vez más de una alianza con el PRD, partido que, a su vez según Crespo, era visto como una amenaza a la hegemonía priista porque sus líderes representaban a los sectores ignorados del propio partido oficial. El autor añade que, además, el PRD fue marginado de los tratos electorales en virtud de que un eventual triunfo de esa fuerza política podría haber significado un aliciente para que militantes del PRI buscaran en otro grupo el medio para acceder al poder.

Asimismo, Crespo señala que la negativa que prevaleció durante el mandato de Carlos Salinas a reconocer triunfos electorales del PRD fue una de las razones que esgrimió el Ejército Zapatista de Liberación Nacional para la lucha armada en Chiapas, mediante el argumento de "la cerrazón impuesta por el salinismo a la izquierda institucional".

En lo que respecta a las reformas a la legislación electoral, el autor sostiene que las tres modificaciones que se promovieron y concentraron durante el sexenio de Salinas correspondieron a una "adecuación cosmética y superficial" que buscaba no vulnerar la hegemonía del PRI, a pesar de que la última de las que se realizaron, por tener como motivo principal el conflicto armado en Chiapas, forzó una mayor apertura del sistema.

Crespo explica que la realización de modificaciones a la ley correspondió a la antigua necesidad del régimen de "adecuarse a las cambiantes condiciones derivadas de los

movimientos oscilatorios propios de la hegemonía partidista”, que además permiten a la oposición albergar esperanzas de que cada reforma es un paso previo a una más democrática y, así, legitimar el proceso electoral con su participación.

La pretendida reforma del PRI también es punto de análisis del autor. Crespo califica como fallida dicha reforma, ante la imposibilidad de que las reglas del juego democrático permitieran designar, por la vía pacífica y el consenso, a los aspirantes a puestos de elección popular de entre los precandidatos del centro y de los comités estatales. La prueba: los problemas de ese tipo que se vivieron en Colima, Nuevo León y Baja California Sur.

En la segunda mitad del libro, Crespo se introduce en los vericuetos de la organización y la realización de elecciones federales y estatales en el periodo de 1988-1994. De los primeros años, Crespo destaca la sorprendente recuperación de votos por parte del PRI en los comicios legislativos de 1991, para lo cual se dispuso de un operativo partidista de promoción del sufragio. Esas votaciones, señala el autor, también reflejaron la confianza que en materia económica el régimen pudo infundir en la población con una administración de recursos que resultaba eficiente.

No escapan de la exposición del autor los procesos electorales de Guanajuato y San Luis Potosí, efectuados en 1991, que en el sexenio pasado marcaron algunas pautas en materia electoral. Crespo recuerda que en esos estados aparecieron los fantasmas de las “concertaciones” entre el gobierno y el PAN, la imposición de candidatos del centro a las presentaciones del PRI locales y las renunciaciones obligadas de funcionarios formalmente electos. Por su parte, San Luis Potosí es recordado como el punto de partida, gracias a Salvador Nava y su “Marcha por la dignidad”, de toda una serie de manifestaciones que tenían como destino la capital de la República y por objeto denunciar el fraude y defender victorias de la oposición.

Crespo rememora otros conflictos poselectorales, como los de Michoacán y Yucatán (que sucedieron a las elecciones estatales en 1992 y 1993, respectivamente) y Tabasco (municipales en 1991), que desde su perspectiva confirmaron la tendencia a imponer resultados en la pasada gestión presidencial.

El autor concluye su análisis con las elecciones federales de 1994, en las que confiere parte del triunfo del PRI a estrategias equivocadas de la oposición. Haciendo a un lado los votos emitidos como resultado de prácticas que la ley ya tipifica como delitos, Crespo reconoce que en la decisión libre de sufragar por el partido oficial pudieron influir, entre otras razones, el inesperado giro que dio la campaña del panista Diego Fernández de Cevallos, quien meses antes de los comicios limitó sus aspiraciones públicas, y la inquietud que despertó el discurso del perredista Cuauhtémoc Cárdenas, quien “apostó al sector radical”. Es decir, que el voto por la continuidad, a pesar de lo que afirmaban algunas denuncias poselectorales, no se extrajo en su mayoría de la práctica de actividades fraudulentas, sino especialmente de la necesidad de los electores de obtener garantías de un futuro estable.

Finalmente, Crespo se coloca en el centro y aconseja, en el futuro: al PAN, decir no a las “concertaciones” que afectan su credibilidad democrática; al PRD, abandonar su posición radical y buscar el diálogo, “lo que no implica la claudicación ni el colaboracionismo”; al PRI, no temer a la apertura democrática, pues cuenta con el respaldo de su experiencia y fuerte institucionalidad, y al nuevo presidente, aprender de los errores de su antecesor y no retrasar por más tiempo la indispensable reforma electoral que deberá conducir a México a una auténtica vida democrática.

En su análisis, Crespo da muestras de que intenta ser imparcial, al incluir versiones que difieren de las interpretaciones maniqueas que acerca de la contienda electoral

acostumbran ofrecer los partidos políticos. Sin embargo, es evidente que el autor refleja una posición de mayor desconfianza hacia las prácticas del aparato estatal y el PRI, lo que, hay que admitirlo, resulta inevitable ante el control que ambas instituciones ejercen sobre la vida política de México.

La obra de Crespo falla en ocasiones al ofrecer referencias vagas sobre los hechos que se exponen, ya sea porque se omiten las fuentes o porque se trata de interpretaciones del autor. Tal es el caso de la afirmación de que los sectores corporativos del PRI votaron en favor de Cárdenas en las elecciones presidenciales de 1988, en protesta por la imposición de Carlos Salinas como candidato oficial. No es difícil pensar en la eventualidad de ese hecho, pero su aceptación dependería de la confirmación de una fuente, que el autor omite.

Algo similar ocurre con el análisis de otros sucesos políticos que Crespo no cuestiona en su versión popular y para lo que no se ofrecen fuentes oficiales, como las negociaciones de los conflictos poselectorales, la negativa de la dirigencia del PAN a aceptar la alianza con el PRD propuesta por Manuel Clouthier y el desconocimiento de los triunfos electorales del Partido de la Revolución Democrática.

Por otra parte, Crespo acierta al abrir una esperanza de apertura política pacífica en México, al reconocer que un Estado democrático no implica necesariamente la salida del PRI de la arena electoral, sino sólo auténticas condiciones de competencia. A pesar de que para buena parte de la población el primer síntoma de la auténtica democracia lo constituiría el triunfo electoral de la oposición, es innegable que los votos conscientes para el PRI refrendan a esa fuerza política como una opción de gobierno. Obligar al partido oficial a no intervenir más en contiendas electorales significaría negar la existencia de una alternativa que, por lo menos la mayoría reconocida del país, aún apoya.

En ese sentido, también son acertadas las reflexiones de Crespo en torno de la tendencia del voto en 1994, pues, lejos de exagerar la influencia de prácticas de competencia desleales en el resultado de los comicios, concede la debida validez al sufragio de la mayoría.

Además, el autor bien hace en advertir que la polarización de los intereses partidistas dificulta el consenso, ya que, como apunta Sartori, esa situación hace menos viable el funcionamiento de la democracia. Desde luego, la polarización de los partidos es reflejo de una condición similar de la sociedad mexicana, en la que los intereses de la masa contrastan significativamente con los de los propietarios del capital. Sin embargo, la reducción de esas diferencias no estriba en la radicalización de posturas, sino en la búsqueda de puntos de acuerdo.

En el extenso análisis de Crespo, tal vez hagan falta alusiones al Partido del Trabajo (PT), que en 1994, con Cecilia Soto a la cabeza, obtuvo el cuarto sitio en la contienda por la presidencia. En relación con el PT se podría haber mencionado su despunte en la carrera por los comicios de 1994, la designación de una mujer no miembro del partido como aspirante a la primera magistratura y las versiones de una supuesta complicidad con el partido oficial.

Cuando aborda la situación de los partidos políticos, Crespo se extiende en la dinámica interna y externa de dos de las principales fuerzas políticas: el PRI y el PAN. Empero, en el caso del PRD, pasa por alto problemas que se suscitaron en el interior del partido y que le significaron menores espacios políticos, como la prohibición para que militantes perredistas ocuparan puestos públicos en gobiernos de extracción priista.

A la obra de Crespo quizás también le falte abordar con profundidad los violentos sucesos que marcaron el final del sexenio de Carlos Salinas de Gortari y, en especial, el

homicidio de Luis Donaldo Colosio, cuya muerte y posterior remplazo por Ernesto Zedillo bien pueden explicar algunos problemas que en la actualidad afronta el régimen.

El levantamiento armado en Chiapas, a pesar de la validez de sus propuestas en favor de los campesinos, tal vez requeriría explicaciones que fueran más allá de la versión primera de que el Ejército Zapatista pretendía alzarse contra el injusto sistema económico impuesto por el gobierno de Salinas.

Una de las principales contribuciones del libro *Urnas de Pandora* es la reflexión acerca del sentido de las aspiraciones democráticas de los mexicanos, de si en verdad la muerte del PRI y el ascenso al poder de la oposición se traducirán en una vida nueva para el sistema político nacional.

La evolución democrática debe significar, ante todo, tolerancia hacia los principios que postulan todas las corrientes políticas y aceptación de que, a pesar de las diferencias, cada partido tiene la capacidad de ofrecer ventajas para la mayoría.

Acerca de la ayuda ilegítima que se filtra en el partido en el poder, es necesario asumir que la eliminación total de los favoritismos y los apoyos velados resulta tan irreal como tratar de enfrentarse a la naturaleza humana. Por esta razón, el objetivo democrático debería ser disponer de una legislación que garantice, en su punto más amplio, unos comicios limpios y competitivos que lleven al poder al gobierno que desee la mayoría.

El camino se está andando.

VALENTINA BOETA MADERA